

¿QUÉ ES LA DEIDAD?

Hugo McCord



Richard C. Trench, en su clásica obra *Synonyms of the New Testament (Sinónimos del Nuevo Testamento)*, sostenía que la única palabra neotestamentaria que se refiere a la Deidad en términos absolutos es *theotes* (Colosenses 2.9),¹ donde se traduce por «Deidad», palabra que procede de *theos*, «Dios», «uno a quien se implora». Cuán abarcador es el significado del término «Deidad», es algo que ningún ser humano sabe. Zofar cuestionó a Job: «¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?» (Job 11.7). Pablo escribió que ninguno puede discutir el hecho de que «grande es el misterio de la piedad» (1^{era} Timoteo 3.16). Reconoció que jamás iba a poder entender la plenitud de Dios en esta vida: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11.33).

En la práctica, sin embargo, Dios espera que le lleguemos a conocer. Sólo así podemos entrar en el cielo. «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17.3). Un Dios lleno de amor no pone como requisito lo imposible, y Sus mandamientos no son gravosos (1^{era} Juan 5.3). El hombre de la calle, por sencillo que sea, puede llegar a tener un conocimiento salvador de Dios (Isaías 35.8). «Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor» (Efesios 5.17).

LA PALABRA «ELOHIM»

Si la palabra griega *theos* significa «uno a quien se implora», hay una idea parecida en la palabra hebrea *elohim*, que significa «uno a quien se teme» o «a quien se reverencia».² De modo que la forma *elohim* viene a significar un ser que ha de ser adorado. Sin embargo, la palabra es gramaticalmente plural y literalmente se traduce

por «dioses», tal como en Éxodo 20.3: «No tendrás dioses [*elohim*] ajenos delante de mí». Esta es exactamente la misma forma como aparece en Génesis 1.1: «En el principio creó Dios [*elohim*] los cielos y la tierra». Debido a esta forma plural, algunos han procurado señalar esto como imperfección de la Biblia, afirmando que ella enseña el politeísmo. Por lo tanto, traducirían Génesis 1.1 de modo que se lea: «En el principio crearon los dioses los cielos y la tierra». En vista de que otros pasajes bíblicos revelan claramente que sólo hay un Dios verdadero (Deuteronomio 6.4; 1^{era} Corintios 8.6), ningún erudito ha traducido alguna vez Génesis 1.1 con la palabra «dioses». Si Génesis 1.1 no enseña la doctrina de varios dioses, entonces, ¿por qué se encuentra en plural la palabra *elohim*? La Arqueología ha revelado que los antiguos usaban un plural majestuoso, o plural de honor, además del plural numérico. Este plural de honor se usa también en Génesis 42.30, donde se lee que los hermanos de José literalmente dijeron: «Aquel varón, los señores de la tierra, nos habló ásperamente, y nos trató como a espías de la tierra». Tal como la escribió Moisés, la palabra «señores» es plural, pero en el contexto sólo puede referirse a una persona, esto es, a José. En consecuencia, los traductores convierten el plural en un singular, al traducir la frase de modo que se lea: «el señor de la tierra».

Rara vez aparece en las Escrituras la palabra singular que se traduce por Dios (*eloah*), pero la forma plural ocurre 2.570 veces. Está claro, entonces, por qué los traductores la traducen invariablemente por el singular en Génesis 1.1, y también por qué la ponen con mayúscula. Ningún estudioso de la Biblia consideraría a cualquier dios o a muchos dioses como creadores del universo.

LA TRINIDAD

Puede que la forma plural *elohim* tenga otro

significado. Aunque la Deidad bíblica es una unidad (*ehad* en Deuteronomio 6.4; *heis* en 1^{era} Corintios 8.6), Él es también un Ser Trino, una Trinidad. En Génesis 1.26, dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen». El segundo versículo de la Biblia menciona al Espíritu de Dios como participante en la obra creadora. Sabemos por lo que enseñan otros versículos (Juan 1.3; Colosenses 1.16) que Jesús participó en la creación. Está claro, entonces, que la Deidad es un Ser triple. Cómo pueden tres ser uno, y uno ser tres, no es algo que pertenezca a las cosas reveladas (Deuteronomio 29.29), pero la verdad bíblica es indiscutible.

DIOS PADRE

Inclaudicables artículos de fe, más preciosos que la unidad de los hermanos en el vínculo de la paz, los constituyen «un Espíritu [...] un Señor [y] un Dios y Padre de todos» (Efesios 4.4–6). Jesús no afirmó ser el Padre. (En la profecía de Isaías 9.6, la expresión en el sentido de que Él es «Padre Eterno» bien podría traducirse por «Padre de la Eternidad», que refleja su condición de Ser que trasciende el tiempo.) El que era llamado «Padre» según la forma de entenderlo Jesús, era un Ser aparte de Él mismo, de quien Él dependía y a quien elevaba oraciones. Sus ruegos comenzaban con la palabra «Padre» (tal como en Juan 17.1), y Sus sermones hablaban a Sus oyentes de «vuestro Padre» y de «vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5.45, 48). Enseñó a Sus discípulos a dirigirse al Dios del universo con la expresión «Padre nuestro» (Mateo 6.9). En el cementerio de Betania, «Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes [...]» (Juan 11.41–42).

A medida que Jesús se acercaba a la hora en que sufriría la agonía de la cruz, Él se ponía nervioso, pues decía: «Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre» (Juan 12.27–28a). La falsa noción de que Jesús es toda la Deidad es vívidamente rebatida por una voz que responde a la oración de Jesús —una voz que vino de los cielos— que dijo: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez» (Juan 12.28b). Algunos que estaban allí creyeron que habían oído un trueno, mientras que otros creían que un ángel le había hablado a Jesús. Todo el incidente revela que se estaba estableciendo una comunicación entre dos miembros de la Deidad.

Algunos han tratado de interpretar que es un sentimiento de intimidad y de relación excepcionalmente estrecha la que se expresa en el término

Abba, la palabra aramea que se traduce por padre. No obstante, la forma *Abba* del arameo tiene exactamente el mismo significado de la palabra *pater* del griego y de la palabra «padre» del español.³ Aparentemente, Jesús usó tanto la forma aramea como la griega en la oración que elevó en Getsemaní (Marcos 14.36). En su oración hablaba a un Ser separado de Él mismo, al cual consideraba poseedor de potestad sobre la vida y la muerte. También creía que el Ser al cual llamaba «Padre» tenía autoridad para perdonar pecados; esto fue lo que pidió en oración por los que lo estaban matando cuando colgaba de la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23.34). Está claro que existe un Ser Supremo, a quien se le conoce como «Dios Padre», que es diferente de «Dios Hijo», y diferente de «Dios Espíritu Santo».

DIOS HIJO

Ya se hizo notar que Dios Hijo fue partícipe de la creación cuando Dios Padre dijo: «Hagamos al hombre» (Génesis 1.26). Muchos comentaristas creen que la segunda persona de la Deidad es conocida en el Antiguo Testamento como «el ángel de Jehová». (Vea Génesis 16.7; 22.15–16; 31.11, 13; Éxodo 3.2–4.) No obstante, si el ángel de Jehová fuera Dios Hijo, Éste no hubiera rechazado que se le adorara (Jueces 13.16). En relación con Jesús, esto fue lo que el Padre mandó: «Adórenle todos los ángeles de Dios» (Hebreos 1.6). El ángel de Jehová era un ser importante, pero no era la segunda persona de la Deidad.

En la versión King James, la forma como se tradujeron las palabras de Nabucodonosor al referirse a los cuatro hombres que estaban dentro del horno («[...] el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios»; Daniel 3.25; NASB) ha hecho que algunos creen que el que estaba con Sadrac, Mesac y Abed-nego era Jesús. Es posible que fuera; pero más literalmente las palabras en realidad dicen esto: «el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses».⁴ Esta traducción es más consecuente con lo que se conoce de Nabucodonosor: No es probable que el rey pagano supiera algo acerca del segundo miembro de la Deidad, el Hijo de Dios.

No obstante, está claro que el segundo miembro de la Deidad estaba activo en los tiempos del Antiguo Testamento. No solamente fue Él el Creador, sino que más adelante estuvo presente con los israelitas en el desierto, siendo representado como la roca espiritual de la cual bebieron (1^{era} Corintios 10.4).

En un sentido, todos los seres humanos son hijos de Dios (Lucas 3.38), y los ángeles son hijos de

Dios (Job 1.6; 2.1); pero hay otro sentido en el cual Jesús es el único Hijo de Dios (Salmos 2.7; Juan 1.18). Él es el único en Su clase, el único que es Uno solo. Corporalmente, fue concebido en la virgen María por el Espíritu Santo (Lucas 1.35), pero la emocionante profecía de un Padre entusiasmado («Yo te engendré hoy»; Salmos 2.7) no se refiere al nacimiento en Belén. Tiene que ser una expresión figurada del gozo del cielo (comparable con la felicidad del anuncio de un nacimiento en una familia) por la resurrección de Jesús y por Su coronación como rey y por Su unción como sacerdote (Hechos 13.33; Hebreos 1.5; 5.5).

Como segundo miembro de la Deidad, en realidad jamás fue engendrado. Un hijo engendrado jamás podrá tener la edad de su padre. Si Jesús fuera engendrado, no podría ser el primero (Apocalipsis 1.17). Él no fue el principio de lo que Dios creó, sino el que dio principio a ello (Apocalipsis 3.14). Él mismo era el principio (Apocalipsis 22.13). Nada le precedió, pues Él es eterno (Miqueas 5.2; Apocalipsis 1.17). Por lo tanto, es sólo en un sentido figurado que a Jesús se le puede llamar el Hijo de Dios. En el sentido en el cual él es el Hijo de Dios, Él es muy superior a todos los seres humanos, superior a los ángeles, y no menor que la Deidad. No es menos divino que Dios Padre ni que Dios Espíritu.

En otra emocionante declaración profética, Dios Padre escribió que Él diría en el día de la coronación de Su Hijo, el día de Pentecostés del año 30 d. C., lo siguiente: «Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre» (Salmos 45.6). El Padre estaba describiendo a Jesús como Dios, lo cual confirma el autor de Hebreos: «Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo [...]» (Hebreos 1.8). Es penoso ver que la versión Revised Standard, en su traducción de Salmos 45.6, omite por completo que el Padre llama a Jesús «Dios», al hacer que se lea: «Tu divino trono es eterno y para siempre». Esta versión le da a Jesús un trono divino, pero le elimina Su deidad.

Otra profecía acerca del Cristo que venía (en el sentido de que sería Hijo de una virgen; Isaías 7.14) es requisito para Su deidad; pues si no hubiera nacido de mujer virgen, no hubiera sido más divino que el resto de nosotros. El mismo versículo de esta profecía le da el nombre de «Emanuel», que en Su caso refleja deidad: «Dios [está] con nosotros» (Mateo 1.23). Otros títulos de Jesús que serían inapropiados para cualquier simple mortal, serían estos: «Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9.6–7).

Otra profecía acerca de la venida de la Deidad

en la carne fue la que hizo Miqueas. Este tuvo una visión de Uno que nacería en Belén, que no tenía su origen allí, pero cuyas salidas eran desde el principio, desde los días de la eternidad (Miqueas 5.2).

Ya se ha citado la descripción vívida, aunque figurada, que se hace de Jesús como Hijo de Dios (Salmos 2.7). Es el mismo título que usó en forma audible el Padre cuando Jesús fue sumergido en agua, y que volvió a usar en el Monte de la Transfiguración (Mateo 3.17; 17.5). En el mismo sentido especial de Deidad, los discípulos proclamaron que Jesús era el Hijo de Dios después que lo vieron andar sobre el agua (Mateo 14.33). La confesión que hizo Pedro en Cesarea de Filipo le atribuyó asimismo deidad al carpintero nazareno (Mateo 16.16).

En un pasaje en que los Testigos de Jehová han degradado a Jesús al nivel de «un dios» (Juan 1.1), la traducción correcta de los eruditos bíblicos revela que Jesús es «Dios». En un desacertado intento por evitar el concepto de la Trinidad, los Testigos de Jehová se han convertido en politeístas. Al rebajar a Jesús del nivel de «Dios» al de «un dios» (siguiendo el griego original, dicen ellos), no son consecuentes en el versículo 6; pues no se atreven a traducir que Juan el Bautista es un hombre enviado de «un dios» (donde se usa la misma expresión griega). Además, en Juan 20.28, no tienen la suficiente audacia para hacer que Tomás diga a Jesús: «Señor mío, y un dios mío» (donde la palabra griega sigue siendo la misma). Ellos creen que Jesús sólo fue «un dios», pero no afirman que Tomás creyera lo mismo.

Los enemigos de Jesús se oponían a quienquiera que se hiciera igual a Dios (Juan 5.18), pero Pablo afirmó que la naturaleza de Cristo es tal, que para Él no es escándalo el afirmar que es igual a Dios (Filipenses 2.6). En este sentido, Jesús diría que Él y el Padre uno son (Juan 10.30). No es que eran uno en el sentido de que eran una sola persona, sino uno en el sentido de que Jesús participaba de la esencia divina igual que Su Padre.

Cuando Jesús afirmó que Él es uno con el Padre, los que deseaban apedrearlo entendieron claramente que estaba diciendo que Él era «Dios» (Juan 10.33). Así como un hijo terrenal es de la misma carne y sangre de su padre, también Jesús es de la misma esencia (*charakter tes hupostaseos autou*; Hebreos 1.3) de Su Padre —el duplicado exacto de Su sustancia.

Arrio alegó en el siglo cuarto que Jesús era «como» (*homoios*) Su Padre, pero Atanasio sostenía que, en esencia, era «lo mismo» (*homnos*) que Su

Padre.⁵ Jesús no carecía de nada de la plenitud de la Deidad, pues Esta habitaba corporalmente en Él (Colosenses 2.9).

DIOS ESPÍRITU SANTO

No sólo Dios Padre y Dios Hijo participaron en la creación física, sino que también un Ser llamado Espíritu de Dios (Génesis 1.2) se movió sobre la faz de las aguas que cubrían la tierra. Este Ser tomó parte en la creación de la vida (Salmos 104.30; Job 33.4). El Espíritu Santo vivió en medio de Israel, inspirando a jueces y a profetas (Números 11.17, 25, 29; 2º Samuel 23.2; Hageo 2.5), pero Israel se rebeló y contristó al Espíritu Santo (Isaías 63.10–11). David oró pidiendo que el Espíritu Santo no lo dejara (Salmos 51.11).

Este Ser, descendió en forma de paloma sobre Jesús el día que fue sumergido (Mateo 3.16); así, Jesús poseía la total plenitud del Espíritu (Juan 3.34). Sus sermones y obras de misericordia fueron posibles en parte porque, como Él dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lucas 4.18; vea Hechos 10.38).

Jesús, anticipando que iba a dejar la tierra, les prometió el Espíritu Santo a Sus apóstoles, describiéndolo como el Espíritu de verdad y como un Consolador que el mundo no podía recibir (Juan 14.16–17). Él enseñaría a los apóstoles toda la verdad, perfeccionando el recuerdo en ellos de lo que Jesús les había enseñado, y revelaría el futuro (Juan 14.26; 16.13). La venida del Espíritu sobre ellos se llamaría inmersión («bautizados»; Hechos 1.5b), y de Él recibirían poder (vers.º 8). Su obra por medio de los apóstoles sería llamada «ministerio del espíritu» (2ª Corintios 3.8).⁶ El blasfemar contra él es imperdonable (Mateo 12.32). En algún sentido diferente de la morada del Espíritu en David, los miembros de la iglesia neotestamentaria recibieron el Espíritu para morar en ellos (Juan 7.39; Hechos 2.38; 5.32; Gálatas 4.6).

Un espíritu no tiene carne ni huesos (Lucas 24.39), sin embargo el Espíritu Santo tiene una mente separada de la de los otros dos miembros de la Deidad (Romanos 8.27). Él sabe todas las cosas (1ª Corintios 2.11). Él puede oír, hablar y orar (Juan 16.13; Romanos 8.26). Puede ser contristado (Efesios 4.30). Es eterno (Hebreos 9.14). El mentirle a Él equivale a mentirle a Dios (Hechos 5.3–4). Puesto que no es menor en deidad que los otros miembros de la Deidad, Jesús mandó que el bautismo en agua sea solemnizado por medio de invocar el nombre del Espíritu también:

Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda

potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28.18–20).

LA RELACIÓN

¿Qué relación hay entre los tres miembros de la Deidad? Aunque el Padre y el Hijo y el Espíritu son uno en esencia —esto es, en ser Deidad, en ser Dios— no son uno en autoridad. Ahora, en la dispensación neotestamentaria, Cristo lo llena todo (Efesios 1.23) y Él es el todo, y en todos (Colosenses 3.11). El no honrarlo a Él equivale a no honrar al Padre (Juan 5.23); sin embargo, Cristo pertenece al Padre (1ª Corintios 3.23), y el Padre es cabeza de Él (1ª Corintios 11.3). Dios es mayor que Jesús (Juan 14.28); Él es mayor que todos (Juan 10.29) y es sobre todos (Efesios 4.6). En el cielo Cristo mismo se sujetará al que le sujetó a Él todas las cosas (1ª Corintios 15.28).

Tanto el Padre como Cristo enviaron el Espíritu al mundo (Juan 14.16; 15.26), y todo lo que Este hace es glorificar a Jesús (Juan 16.14). Es indebido, entonces, elevar oraciones al Espíritu Santo. Hoy día, por la voluntad de Dios, todo ha de centrarse en el Hijo. El Padre tiene autoridad suprema, pero Su voluntad es temporalmente, durante la Era Cristiana, exaltar al Hijo por encima de Él mismo. Esta situación continúa aun hasta el Juicio, pues el Padre mismo no juzga a nadie, sino que es el Hijo quien lo hace (Juan 5.22). Por lo tanto, cuando el tiempo vuelva a dar paso a la eternidad, volverá a entrar en funcionamiento la organización divina de autoridad (el Padre en primer lugar, el Hijo en segundo y el Espíritu en tercero).

¹ Richard C. Trench, *Synonyms of the New Testament (Sinónimos del Nuevo Testamento)* (Londres: s. p., 1880; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1978), 7.

² William Gesenius, *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament (Un léxico hebreo e inglés del Antiguo Testamento)*, trad. Edward Robinson, ed. Francis Brown, S. R. Driver, y Charles A. Briggs (Oxford: Clarendon Press, 1957), 43.

³ N. del T.: En esta afirmación el autor se refiere al idioma inglés.

⁴ N. del T.: Tal como se lee en la Reina-Valera.

⁵ Arrio y Atanasio fueron padres de la iglesia que tuvieron desacuerdo sobre la esencia eterna de Cristo. En el 325 d. C., el Concilio de Nicea censuró oficialmente la idea arriana de que Cristo era un ser subordinado y creado que no participaba de la esencia divina y eterna de Dios.

⁶ N. del T.: «Espíritu» aparece con minúscula inicial en la Reina-Valera.